



## CATEQUESIS DIA 24 - TRATADO [191-200]

En el transcurso de esta preparación para consagrarnos enteramente a María, estamos ahora en un momento del todo importante, aquél del conocimiento de María. Esta tercera semana de la preparación tiene como fin conocer a María Santísima, es decir aquel medio bendito que Dios dispuso para que podamos llegar a Él.

Del conocimiento de María Santísima depende en gran medida nuestro progreso en la santidad, porque una vez que nos damos cuenta quién es Nuestra Señora, qué grandeza y dignidad ella posee, entonces no nos queda más que tenerle gran amor y estima.

«*Nadie ama lo que no conoce*», dice el conocido aforismo; «*Nadie ama a María sino la conoce*».

Ahora bien, para conocerla hace falta ser sus hijos, es decir, **hace falta vivir con ella**. Hace falta frecuentarla y entablar una relación personal con nuestra Madre. Hay que seguir el ejemplo del patriarca Jacob, quien, según nos cuenta el libro del Génesis, gracias a su amor por Rebeca, su madre, obtuvo la bendición de su padre.

San Luis María de Montfort trae el ejemplo de Jacob como modelo para nosotros, si queremos de veras ser buenos hijos de María. Nos trae este ejemplo para que imitemos sobre todo las virtudes de Jacob y su relación con su madre Rebeca, quien aquí es figura de María Santísima.

La historia en sí misma es importante, pero más importante es aún, ver en ella las *disposiciones interiores* de Jacob para con Rebeca, ya que necesitamos tener esas mismas disposiciones para con Nuestra Señora, si de veras queremos ser sus fieles devotos y esclavos de amor.

1. San Luis menciona, que Jacob **permanecía en casa**, junto a su madre. Es decir, se consideraba *hijo*, que es lo mismo que decir que se reconocía dependiente de su Madre. Uno es hijo toda la vida, pero cuando se dice que el hijo permanece en casa, se está señalando que el hijo aún depende de su madre. Así era Jacob con Rebeca, así debemos ser nosotros con María Santísima, vivir en casa de nuestra Madre del Cielo,  *depender de ella*. ¿Y qué significa depender de ella? Significa sobre todo  *confiar* en ella, saber que se está bajo su protección, que ella nos auxilia y nos protege. Vivir en casa de María significa  *ser consciente* de su protección maternal, y lanzarnos a cumplir la voluntad de Dios sabiendo que ella está con nosotros. Por eso dice san Luis de Jacob, que «*imploraba su ayuda en todas las necesidades y la consultaba en todas las dudas*» (VD, 194).

Esto nos recuerda a lo que la Virgen le dijo al indio Juan Diego: «*Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige. No se turbe tu corazón, no temas esa ni ninguna otra enfermedad o angustia. ¿Acaso no estoy aquí yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo?*».

El hijo que mora en la casa de su Madre Santísima, no puede estar triste ni preocupado... eso significaría que ha dejado la casa de su Madre y que se ha olvidado de que



en la casa de la Virgen no hay de qué temer.

Un ejemplo muy similar y del todo apropiado para este asunto, es aquél de Nuestro Mismísimo Señor Jesucristo, quien permaneció en casa de María Santísima por 30 años. Aunque era hijo adulto, siguió viviendo en casa de su Madre para mostrarnos así este camino santo de la devoción a su Madre Bendita. Dice el mismo san Luis en otra parte de su libro: «*Este buen Maestro no desdeñó encerrarse en el seno de la Santísima Virgen como prisionero y esclavo de amor, ni de vivir sometido y obediente a Ella durante treinta años*» (VD 139).

2. También menciona san Luis que Jacob **amaba y honraba a su Madre**, y que «*hacía cuanto creía que le complacía*» (VD 192). Y justamente en esto versa el verdadero amor, en *cumplir* la voluntad del amado. Sólo podemos decir que amamos a alguien cuando le deseamos el bien y estamos dispuestos a ponernos a su servicio. El amor verdadero siempre es servicial, es aquél que da la vida por el amado. Así era el amor de Jacob para con María Santísima. La amaba tiernamente y por lo tanto cumplía sus mandatos y seguía sus consejos. «A la menor señal de su voluntad, el humilde Jacob corría a realizarla», dice san Luis María.

Así debemos hacer nosotros con María Santísima, cumplir sus deseos, llevar a cabo su voluntad, es decir, amarla. Y esto lo hacemos cuando nos preguntamos a nosotros mismos antes de realizar alguna acción: «¿Qué querría la Virgen que yo hiciera ahora?» o esta otra, «¿Le agrada a la Virgen esta obra mía?».

El esclavo de María Santísima, vive para María, o sea, hace todo en honor de su Madre del Cielo. De aquí que, como Jacob, debemos buscar cumplir siempre la voluntad de María, que es, obviamente, la voluntad de su Divino Hijo. Los verdaderos hijos de María, dice san Luis, «aman con filial afecto y honran efectivamente a la Santísima Virgen como a su cariñosa Madre y Señora. La aman no sólo de palabra, sino de hecho [...] evitan cuanto pueda desagradarle» (VD 197).

3. Otra característica de Jacob, es la **imitación de su madre**, Rebeca, o sea, obraba tal como lo hacía su madre. Ahora bien, para imitar a alguien debo conocerlo, frecuentarlo y observarlo. Así lo hacía Jacob con su madre: *la observaba*.

El verdadero hijo y esclavo de María Santísima está llamado a hacer lo mismo. Conocer a María para poder imitarla, para ser como una nueva presencia de su Madre Santísima, un ícono suyo.

María Santísima es modelo de santidad para todos, pero lo es más especialmente para sus hijos, que la miran a ella con especial atención. Dice san Juan Pablo Magno que «*la Iglesia contempla a María. No sólo se fija en el don maravilloso de su plenitud de gracia, sino que también se esfuerza por imitar la perfección que en ella es fruto de la plena adhesión al mandato de Cristo: "Sed, pues, perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial" (Mt 5, 48). María es la toda santa. Representa para la comunidad de los creyentes el modelo de la santidad auténtica que se realiza en la unión con Cristo. La vida terrena de la Madre de Dios se caracteriza por una perfecta sintonía con la persona de su Hijo y por una entrega total a la obra redentora que él realizó*»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, Audiencia General: La Virgen María, modelo de la santidad de la Iglesia, (3/9/1997).



El hijo de María Santísima le mira a ella, porque sabe que su Madre es *toda santa* y digna de ser imitada. Y la tienen como modelo acabado de aquella su virtud de la humildad y cumplimiento de la voluntad divina. San Juan Pablo II, habla de una *«perfecta sintonía con su Hijo»*.

*«Dichosos los que siguen sus caminos»* dice el libro de los Proverbios. Y bien lo podemos aplicar esto a los hijos de María: *«dichosos los que siguen los caminos de la Virgen»*, porque jamás serán confundidos, ni perderán tiempo, ni serán abandonados.

\* \* \*

En esta etapa de nuestra consagración queremos conocer a la Virgen María interiormente, para poder depender de ella, amarla e imitarla, para así poder hacerlo mejor con su Divino Hijo, nuestro Salvador Jesucristo.

En este sentido, debemos ya ir mencionando, pues estamos al final de esta tercera etapa de nuestra preparación, que el conocimiento de María Santísima nos lleva inevitablemente al conocimiento de su Hijo. Y asimismo con lo demás: mientras más dependemos de María, más dependemos de Jesús, mientras más le amamos y honramos a ella, más amamos y honramos a Jesús, y mientras más imitamos a María, más le imitamos a Jesús.

Hace falta conocer a María Santísima y andar por esta senda que nos marcó el Verbo Encarnado, para poder hallarlo a Él.

María es *camino* al Hijo... pero un camino muy especial, pues su meta, Nuestro Divino Salvador, se encuentra ya desde el principio. No hay momento de nuestra relación con María Santísima, en el cual no esté ya presente de algún modo el mismo Salvador del mundo.

Ave María Purísima, sin pecado concebida.